

7 (091) GOM

PEPA JIMÉNEZ PÉREZ

Rosario se levanta de lunes a jueves a las seis de la mañana, pone la cafetera en el fuego y abre el correo. Contesta unos cuantos *mails* en quince minutos mientras bebe, siempre café solo para abrir la jornada. Escribe:

Estimada Lucía:

Podemos vernos en mi despacho a las 16:00 mañana.

Un saludo y ánimo.

Escribe:

Estimado Sergio:

No te preocupes, para eso estamos. Panofsky y Barthes te pueden servir para el análisis.

Un saludo y ánimo.

Rosario se llama Rosario como su madre y es la primera mujer de la familia que logró graduarse, no sin algún llanto, no sin cierto miedo, emociones que se multiplicaron en el tiempo de doctoranda. Después del

doctorado cubrió unas cuantas bajas en otras universidades durante seis años y este curso es el primero durante el que imparte asignaturas de Historia del Arte en la Universidad de Córdoba, centro en el que se formó.

Esta historia puede acabar aquí: una mujer, Rosario, que imparte clases de Arte Contemporáneo, Cine y Artes Decorativas en la Facultad de Filosofía y Letras. Una mujer que se despierta a las 6:00, prepara café y contesta correos electrónicos antes de emprender el camino hacia el aula XI, donde quince pares de ojos atentos la miran a las 08:00 y luego veintitrés pares a las 10:00, y así van sucediéndose ojos y bocas que hablan, y manos alzadas hasta las 15:00, de lunes a jueves. Una mujer logra su propósito: la tesis, el periplo y los trabajos de fines de semana y temporada estival para alcanzarlo. Pero tenemos que hablar de la madre, de la primera Rosario de la familia que quiso estudiar.

Es 1972 y Rosario madre tiene diecisiete años. Pongamos que es un día soleado de junio. Hace mucho calor porque Rosario madre lleva un vestido corto de flores. Le suda un poco la frente. Está sentada frente a sus padres: Rafaela y Antonio, jornaleros. Quiere decir algo, pero no se atreve. Antonio pregunta: ¿qué te pasa, hija? Rosario dice: Quiero estudiar.

—¿Cómo estudiar?

—Padre, Geografía e Historia, como la vecina Carmen.

—Pero hija...

Y no hizo falta decir nada más, ¿mudarse a la capital con qué dinero? Carmen, en cambio, sí lo hizo. Rosario

madre siguió dando clases particulares de Latín, Filosofía y Lengua a unos cuantos niños del pueblo con el propósito del ahorro y después, quién sabe, poder mudarse y asistir a las clases de la Universidad, quizás en cinco o seis años, cuando Carmen, que iba al pueblo los fines de semana y le hablaba de Heródoto y Cicerón, de cortes topográficos, ríos y bosques, y fantasmas que decían buu, lograrse licenciarse en la primera promoción. Toda su familia tiene colgada la orla en el salón. Rosario madre no perdió la esperanza hasta que se quedó embarazada de Rosario hija y ya fue posponiendo todo el deseo de estudio.

Rosario hija lo tuvo algo más fácil. Recuerda el salón de la casa familiar repleto de estanterías: Historia, Arte, Filosofía, Geografía, Miguel Delibes, María Zambrano, García Lorca, Concha Méndez, Rosa Luxemburgo y así hasta los mil y pico libros. Rosario madre se casó con el librero del pueblo y la familia siempre estuvo preparada para las Humanidades y el pensamiento crítico. Rosario hija fue feliz, fueron felices a pesar de que el sueño de la madre se iba haciendo cada vez más pequeño, más pequeño, pequeñísimo, hasta parecer un punto minúsculo lejano. El sueño de Rosario madre se volvió una motita de polvo en el lomo de *La historia del arte* de Gombrich, tercer libro, cuarta balda, estantería central: ARTE.

Es 2022 y Rosario hija acaba de conseguir la plaza de titular, se la ve resplandeciente, casi brilla en la oscuridad. Celebra, ríe, llora un poco de emoción, llama a Rosario madre, dice: «mamá, por fin». Hoy es un lunes

caluroso después de un domingo esplendoroso, feliz. Rosario hija pone la cafetera en el fuego, abre el correo, lee:

Buenos días, hija:

Me acabo de matricular en Historia del Arte. Vuelvo a agradecerte la ayuda con la prueba de acceso. Hay que ver, después de cincuenta años... Aún tengo en un cajón los apuntes de Carmen, tu profesora de Historia Contemporánea y Barroco. Quizás también los necesite ahora.

Te he congelado cocido, carne en salsa y estofado. Un táper me queda nada más, acuérdate de traer la próxima vez.

Un beso y ánimo.